



Un trabajador municipal de Bilbao limpiaba ayer una pintada de apoyo a ETA. / VINCENT WEST (REUTERS)

Políticos, escoltas y policías, que durante años vivieron amenazados, analizan cómo ha cambiado su existencia cotidiana con el fin de la banda terrorista

Entre el alivio y la precaución

MIKEL ORMAZABAL, San Sebastián El policía nacional Mariano ya no tiene que comprobar si lleva una bomba adosada en los bajos de su coche. Cristóbal, guardia civil, ha pasado de vivir recluido en el cuartel de Intxaurrondo a poder pasear por San Sebastián sin sospechar de nadie. El exedil socialista Estanis Amutxastegi dejó de ir siempre acompañado por su "ángel de la guarda", como se conocía a los escoltas. Andoni Ortuzar ha eliminado casi por completo las referencias al terrorismo en sus comparencias. Es lo que está pasando desde que en 2011 ETA decidió no matar más y ahora desaparece para siempre de sus vidas.

"ETA no nos regala nada ahora con su disolución. El gran cambio en nuestras vidas se dio

hace siete años. Fue entonces cuando desapareció realmente", sostiene Rodolfo Ares, consejero de Interior con Patxi López como lehendakari.

Ahora, sin ETA, es el momento de consolidar "una paz justa y duradera", dicen los firmantes de la Declaración de Arnaga, que selló el acta final de la banda, pero hay quien recela de ello: "Ya no hay bombas, ni disparos, pero eso no significa que en esta sociedad se viva plenamente en libertad, ni mucho menos", afirma Javier Maroto, vicesecretario de Política Social y Sectorial del PP y exalcalde de Vitoria. La libertad se ganará, añade, "cuando cualquier ciudadano pueda expresar sus ideas sin que eso tenga consecuencias para él, algo que no ocurre hoy".

Samuel, guardia civil: "No decimos nuestra profesión ni a nuestros hijos"

Rodolfo Ares: "ETA no nos regala nada con su disolución. Desapareció en 2011"

Mariano vino a Bilbao en 1989 recién salido de la Escuela Nacional de Policía. Para entonces, ETA ya había matado a muchos agentes de este cuerpo —en total han sido 186 policías nacionales y 230 guardias civiles—, y eso deja una marca. Al principio, la pistola le hacía daño de tanto que la apretaba contra su cuerpo, daba un bote cuando tocaban el timbre de su casa, bajaba la basura con el arma encima y miraba debajo del coche incluso fuera de servicio, cuando estaba con su familia en Valladolid. Todas las medidas de autoprotección eran pocas. "Todo esto ha cambiado, porque no tenemos la presión de los tiros", afirma en nombre del Sindicato Unificado de Policía.

Pero Mariano, que formó en la Brigada Antiterrorista a la caza de comandos, sostiene que "aún perdura un cierto rechazo social" al uniforme policial. El Gobierno tiene destinados en Euskadi 5.167 efectivos (2.369 guardias civiles, 1.317 policías nacionales y 1.481 militares), un 8% menos que en 2011, cuando ETA apagó la lucha armada. A estos se suman otros 8.000 agentes de la Ertzaintza. "La percepción de inseguridad es menor desde hace unos cinco años. No hay miedo a un atentado, pero sufrimos el síndrome del norte. No podemos identificarnos como policías", subraya.

Nada se parece a la angustia de estar en "la primera línea de fuego", como le sucedió a Cristóbal, guardia civil retirado hace tres semanas tras 37 años destinado en Intxaurrondo: "Había que ser más listo que el hambre. No éramos conscientes del peligro que corramos, pero fuimos devotos de una causa que había que defender". Alberto, guardia civil en Bizkaia, tiene un sabor agri dulce porque al "alivio" del fin de ETA se une la "desconfianza", porque "seguimos estando señalados por una minoría, la misma minoría que fue capaz de intimidar a toda la sociedad vasca y española durante muchas décadas". Su compañero Samuel aprecia "una hostilidad menos agresiva" hacia los cuerpos policiales, pero observa "un rechazo social, lingüístico y laboral" que también atribuye al *síndrome del norte*. "No decimos nuestra profesión a nadie, ni a nuestros hijos hasta que se hacen mayores".

"Me propongo ser un ciudadano más"

La vida sin ETA no consigue borrar el pasado de terror que han soportado las víctimas. Iñaki García Arrizabalaga se acuerda en estos momentos de su padre, Juan Manuel García Cordero, delegado de Telefónica en Gipuzkoa, asesinado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas (CAA) en 1980. ETA se acabó y él se pregunta: "¿Dios mío! Todo esto, ¿para qué? Para nada, salvo para generar dolor y sufrimiento". Mira al futuro y le preocupa cómo será mañana la convivencia: "¿Podremos vivir reconciliados y mirarnos algún día a los ojos? Quizás nosotros no, pero espero que las próximas generaciones sí". "Quiero dejar de ser Iñaki-victima de ETA. Ahora me propongo ser un ciudadano más y empezar a pasar desapercibido", afirma.

El fin de la violencia etarra llevó al paro a Óscar Bruña, escolta entre 1996 y 2011. "El terrorismo nos deshumanizó. Fueron muchas las personas que se quedaron en el camino", dice al recordar la satisfacción que a diario le producía "dejar a salvo en casa cada noche" a su protegido.

Ortuzar, presidente del PNV, tiene casi 56 años, "prácticamente la misma edad que ETA", apostilla: "Desgraciadamente toda mi vida ha transcurrido paralela a sus atentados, al dolor y al sufrimiento que ha causado. Celebro que mis hijas no tengan que contar ya a nadie lo que yo tuve que explicarles a ellas".

"Cualquiera que haya vivido estos años solo puede considerar la desmovilización de ETA como un alivio en lo personal y una expectativa real de que en el futuro no se vuelva a repetir ninguna vulneración de derechos humanos por ningún motivo político", afirma el parlamentario de Bildu Julen Arzuaga. Y sentencia: "No debemos olvidar, pero es en un momento esperanzador. Ojalá traiga otra política penitenciaria. Debería ser así".